alicia dujovne ortiz

el cuerpo transparente

Ante todo, esto no es una teoría general sobre el cuerpo en la escritura de la mujer, ni vale para todos los cuerpos, todas las escrituras y todas las mujeres. Por encima de todo, *no quiero* que sea ni que parezca una teoría general. Felizmente, sé que no corro ese riesgo, gracias a una fundamental y satisfecha incoherencia, que me cultivo cual flor, pero insisto —aun sabiéndome a salvo del riesgo— en manifestar que rechazo las explicaciones universales —¡para no hablar de las ideologías!— y que por eso me refugio en la primera persona (del singular). Número uno. Número dos, compruebo, con cierto plácido y hasta complacido asombro, que el espíritu de contradicción me gana por minutos, crece y se ramifica por mí como una enredadera, quizás parásita, a la que dejo tiernamente vivir. Encuentro indispensable aclarar este segundo punto porque, al elegir entre los del temario propuesto el tema: "Sexo y escritura; la escritura y el cuerpo", pensé:

—Qué suerte, por una vez voy a coincidir con los demás.

O, en este caso, *las* demás. ¿Acaso la relación entre el cuerpo, el sexo y la escritura no ha sido justamente el tema de mi vida? ¿Acaso no me he pasado la vida sosteniendo que escribo como mujer y con mi sexo? Así que me senté a meditar, y medité. Y, para mi rotundo asombro —repito que complaciente— se me ocurrieron cosas distintas. No pensé lo que supuse que pensaría. Las conclusiones a las que llegué no fueron en absoluto las que yo misma, con alguna improbable confianza en la firmeza de mis propios pensamientos, me atreviera a esperar.

Quizás influyó en ello el hecho de que me propusiera ilustrarme con lecturas ilustres, y de que eligiera a Helène Cixous y a Annie Leclerc, porque vivo en Francia y su libros me quedan a mano. En efecto, las leí, y ellas están en el origen de esta sorda, pero tenaz resistencia a coincidir que me compruebo. Dejemos a la primera, francamente difícil para mí (su escritura, asaz líquida, se me derrama literalmente por las grietas del cerebro, y carezco de continente adecuado para retenerla), y vayamos a la segunda, tanto más contundente, clara y simpática. En *Parole de femme*, Leclerc dice cosas con las que imposible resulta no estar de acuerdo. El mundo del hombre, y por consiguiente el de su escritura —dice—, es el mundo de la conquista y del deseo, lucha que lo proyecta hacia adelante como si la forma de su sexo le indicara un recto camino y una lejana dirección, ajenos a sí mismo. "Ve en busca del imposible, del por lo demás inhallable Santo Graal", parece decirle al hombre la forma de su sexo, que es como otro sí mismo, un segundo sí mismo de breve y esquemática sonrisita, un segundo yo que lo conduce, activo y señalador como Moisés por el desierto: el dedo de la orden y del verbo, el índice de la prohibición y del poder. La mujer, en cambio, pertenece a la redondez de lo cumplido en sí mismo. Su mundo no es el de la conquista y el deseo, sino el del goce. El Santo Graal no queda para ella tan lejos. Ella siempre supo que el pájaro azul es el canario cotidiano que canta aquí nomás, bajo la parra. ¿Cómo no esperar que de este *cuerpo presente*, tan de aquí, tan de ahora, no surja la palabra distinta? Y Annie Leclerc comienza su libro balbuceando, diciendo que balbucea porque la palabra de la mujer aún no ha sido creada, porque hasta ahora la mujer ha repetido palabras del hombre, meramente imitado el fálico lenguaje, a ella tan ajeno como al indio el lenguaje del conquistador español: un lenguaje con casco y armadura, un lenguaje de rígidas razones y de angustiado orgullo, la lengua del tormento de buscar.

Esto dice, en otras palabras y en francés, Annie Leclerc. Y leyéndola, yo me decía para mí misma: "Tiene razón". Pero también me decía: "No, no la tiene". Oscura, sordamente me lo decía. Pero vayamos por partes. ¿Por qué la tiene? Porque es verdad que mi cuerpo se instala en el mundo de manera distinta a la del hombre, con una suerte de gran comodidad, a sus anchas como gallina que se cava su huequito en el polvo, gozando de este mundo lo concreto y menos dado a las proezas de un cerebrar distante y abstracto. Es verdad, lo sé. Tanto lo sé que me he pasado la vida peleándome con quienes caballerescamente me explicaban que no existe literatura de hombre o de mujer, sino literatura a secas, o mejor, Literatura de Ser Humano con mayúsculas. Engañosas mayúsculas —pensaba yo—, trampa de lo ideal: ese Hombre de gran Hache, ese generosísimo ensueño universal son demasiado perdonavidas para mi gusto. A la sombra de la Hache mayúscula han debido acogerse todas las formas colaterales de lo humano, a saber, mujeres, negros, judíos, etcétera. Los genocidios antipáticos —quema de brujas, quema de judíos, esclavización de negros— fueron seguidos por los genocidios simpáticos: "Todos somos iguales, es de-

cir, todos ustedes son iguales a mí", manifestó, magnánimo, el Hombre Blanco Heterosexual Occidental, única forma humana de probada eficacia y general aceptación. Agradecida, pero terca, he insistido sin pausa en mis minúsculas, en mi específica identidad, en escribir como mujer-semi-judía-de-Buenos-Aires, así de diferente y determinada por circunstancias concretas, palpables casi (algunas de ellas al menos). He insistido, sí, en que mi literatura no podía ser a secas, sino bien empapada de mí, de mi chorreante diferencia, y paciencia si tanta mojadura difícilmente encajara en el sediento esquema del Ser Humano Viril y Gentil.

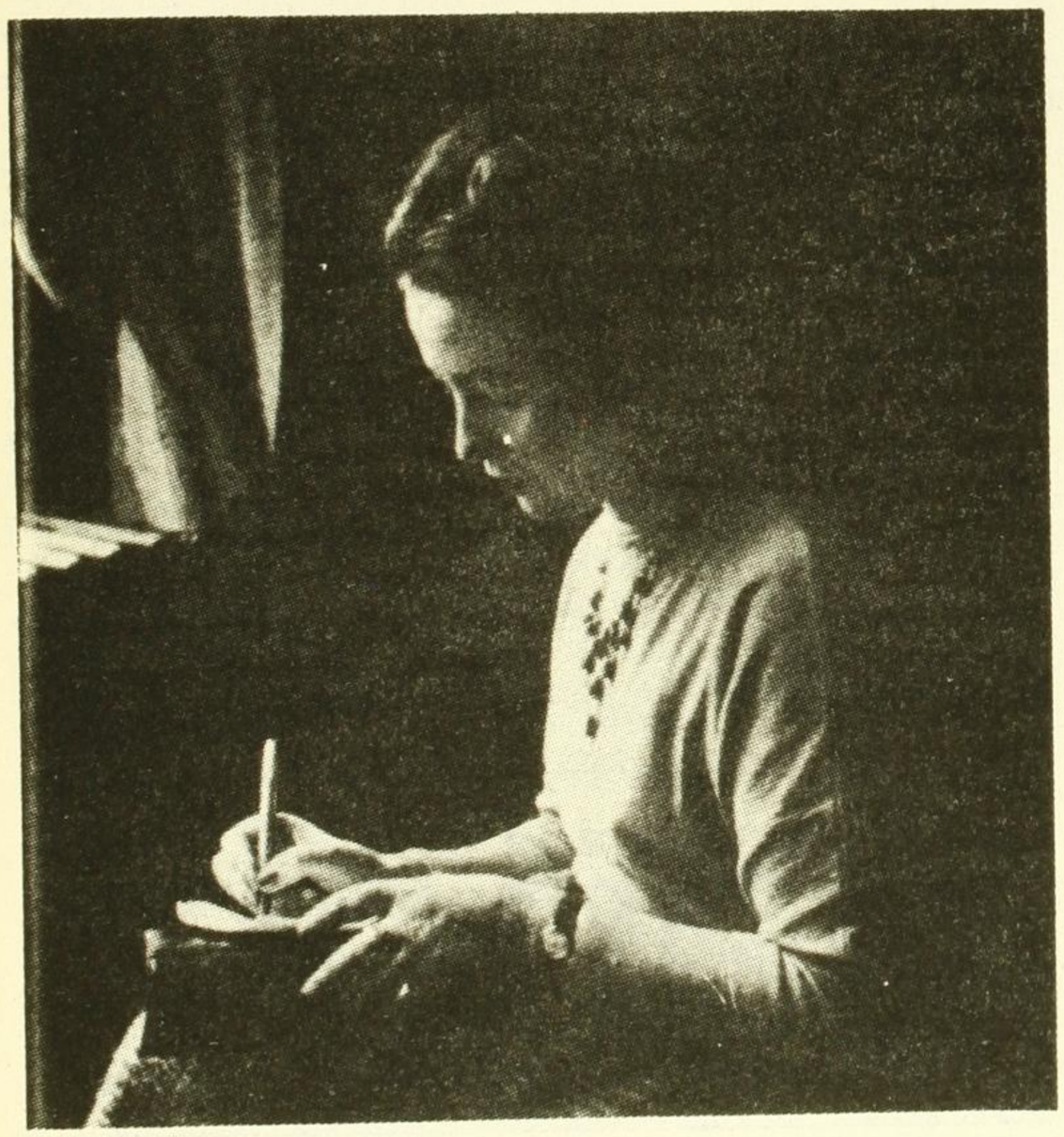
Bueno pero entonces, *nom d'une pipe*! ¿por qué no coincido? ¿Qué me sucede ahora? Si de femenina humedad concreta justamente se trata, ¿por qué las letras de la francesa Cixous se me derriten por las hendiduras, y por qué cierto balbuceo teórico de Leclerc —por otra parte tan clara, tan bellamente matutina y despierta—, en espera de la palabra femenina, según ella nonata, me deja escéptica levemente, y aun amablemente desaprobadora, por qué?

Aquí cerré los ojos y concentrándome un tanto, estupendo sistema para suscitar la respuesta sensata, sensatamente femenina, antigua, eterna, el coro de mujeres de negro, el coro griego, el buen término medio entre las exaltadas pasiones, coro que me contestó:

—Porque exageran.

—¿Quiénes?

Simonne de Beauvoir



—Las exageradas. Aquellas a quienes se les va la mano. Ni tanto ni tan poco, compañera; o, como decía el General, "todo en su justa medida y armoniosamente".

Descartando con mental manotazo la inoportuna cita, me dije: Tienen razón las abuelas. Exageran las exageradas. Por supuesto, que el oprimido, al descolonizarse, trae a este mundo su palabra nueva. Los latinoamericanos la trajeron. Los africanos la traerán. Las mujeres, también, sin duda. Pero seamos francas, ¿podremos negar el parentesco con *toda* palabra humana conocida, aunque sea producto del grupo vencedor, fálico y blanco? ¿Acaso existe un lenguaje masculino puro, puramente de fierros y de palos, una armadura tan perfecta donde no asome por los resquicios el húmedo brillo de la mujer? ¿Acaso todo texto masculino nos es ajeno? ¿Acaso realmente jamás hemos escrito, o hablado? Oblícuamente, en el silencio, como fuera, ¿no creamos la lengua? Si no fuimos autoras de la Biblia, ¿acaso no escribimos los cuentos de hadas? Si pensáramos que jamás hemos pronunciado una palabra real, una palabra nuestra, ¿la amargura no sería tanta que nos amordazaría para siempre? Seamos prácticas, ¿qué puede hacerse con tamaña acritud? ¿Construiremos la palabra sobre una base tan incómoda como el rencor? El rencor engendra la bilis, la bilis engendra la teoría, la teoría engendra la muerte. Gris es toda teoría y verde el árbol de oro *de la mujer*, como decía un hombre. De acuerdo, nos han tratado siempre muy mal. Pero ahora ¡gocemos! ¿Hay desafío más tremendo que el de plantarse en el mundo con el cuerpo contento? ¿Respuesta más feroz que la de nuestra alegría? La simple expresión de nuestro placer, ¿no será la más sonora cachetada, que chasqueará como botella descorchada en la fiesta, y como una lengua y como un beso?

Comprendí oscuramente que no coincido totalmente con las exageradas, porque soy cariñosa y de buen carácter, y más dispuesta a divertirme que a detestar, pero volvamos al cuerpo, tema de la presente elocución. Volvamos, porque también me sucedía que en algún otro nivel, no menos oscuro, yo no estaba totalmente de acuerdo con los términos "sexo y escritura", ni lograba identificarme con la descripción de Leclerc: para ella, del charco rojo a la menstruación surge nuestra palabra. ¿Y para mí? Recordé mi fiesta veraniega (soy novelista pobre que sólo en el verano se ofrece el lujo de escribir), con mis papeles, mi máquina de escribir, mi pava y mi mate, en mi Rancho de los Cardenales, abajo de un árbol a la hora de la siesta, cuando el sol del que me había atiborrado por la mañana, hasta llenarme de él como una esponja, me crujía en la piel, y paralelamente los bichos crujían entre el pasto, como si el sol los friera en su propia grasita, y yo gozaba con mis palabras y mi mate, y mi piel y mis palabras crujían como los bichos entre el pasto. Tengo un cuerpo generoso, que me ama y al que amo. He sacado de él buena parte de lo mejor de mí. El está allí mientras escribo, ronroneante como el gato a mis pies. Pero algo me falta.

Algo debo agregar a esto. No puedo contentarme con sostener que mi físico bienestar, femenino y redondo, mi anchura confortable de gallina en el polvo configuran el fondo y lo total de mi escribir.

Entonces, para aclarar toda duda, para acabar con toda cruel confusión, dos palabras surgieron en mi mente. Dos, o tres, contando la preposición: "Gelatina de frutilla". Sepan disculpar esta imagen groseramente dulce de mi goloso corazón: es la única válida para expresar cabalmente el cuerpo con el que, *en los momentos perfectos,* escribo. El cuerpo incandescente, el cuerpo translúcido y solferino con el que, de veras, *en los momentos perfectos* escribo. ¿Podría compararlo con las opacas carnes del de todos los días? ¿O siquiera con el maravillosamente caliente de la emoción sexual? Este es un cuerpo especial, de fiesta rara, un finísimo cuerpo de raro goce cuyo exaltado llamear lo vuelve fresco y radiante como vitral. ¿Trátase de una excitación que pasa por el sexo y lo remonta? ¿O más bien, de un erotismo vivísimo y potente, pero vasto, un erotismo que me hace amar por igual a árboles y perros, al mate, a un hombre o a mi hermosa palabra, una sensualidad universal en la que mi específico sexo está presente sin estarlo, pues lo mismo, *en ese instante perfecto* en el que cada palabra resuena como campanilla de cristal por las burbujas de mi sangre, lo mismo podría llamárseme mujer que gallina, hoja que gota de agua, o mariposa que durazno? El éxtasis no es lo genital sublimado, no. Hay un cuerpo del éxtasis, un cuerpo translúcido y fuertemente sensual que ya no tiene sexo. Conozco profundamente y amo mi cuerpo sexual, y aquí no caben confusiones. Conozco también mis imaginaciones, y las distingo de estas nítidas certezas. No escribo con mi cuerpo sexual (*en los momentos perfectos*). Escribo con mi cuerpo del éxtasis, transcurrida, recorrida, atravesada por un flujo de amor en el que mi nombre de mujer y mi vagina son arrastrados vertiginosamente hacia un placer más amplio.

¿Me atreveré al supremo ridículo de nombrar estas cosas por su nombre más viejo? ¿Afrontaré el papelón? ¿Dire que con los elípticos términos "gelatina de frutilla" estoy avergonzadamente aludiendo al tercer cuerpo, al cuerpo astral? Es verdad que muero de vergüenza. Yo misma, al decir "cuerpo astral", me imagino inmediatamente a una señora teósofa de mustio sombrerito y de tapado negro con brillo de verdín. Sin embargo, es indispensable que lo diga. Sí, confieso: en uno de mis niveles, en el nivel de una perfecta, de una rara inocencia, escribo con el cuerpo astral. Escribo con mi otro cuerpo todo translúcido y carmín, todo gelatina... Perdida la rigidez de mis contornos, de mis bordes opacos, mi palabra viene con el flujo de luz y yo la leo a través de ese opalino cuerpo, como puede mirarse la sombra de un bicho posado en el reverso de un pétalo al sol. No siempre, lo repito. No, por desgracia, siempre. Reconozco que en los momentos infelices de la escritura, al cometer errores la rabia me golpea en el sexo. Reconozco que a veces, cuando escribo directamente sobre el sexo, cuando describo una escena sexual, mi propio sexo palpita entusiasmado. Reconozco que la angustia ante la página blanca me da hambre, y que en esos momentos atroces mi cuerpo cotidiano, convertido en mi enemigo, me obliga a devorar, a comer vorazmente lo que el lenguaje me niega. Recuerdo igualmente que cuando terminé mi primera novela me dolía terriblemente el ovario izquierdo, el que me había dolido durante mi embarazo, y que escribí los últimos párrafos oprimiéndome el vientre como si muy en serio, muy físicamente los estuviera pariendo. Esto es escribir con mi cuerpo corriente, común y silvestre, a veces completamente opaco y a veces encendido por el sexo que convierte las carnes en una semi-jalea de alguna fruta más gruesa, más espesa y oscura (digamos que membrillo). Reconozco también, para terminar, que mi personal biografía, y las pocas ideas de mi cerebro, y mi compleja psicología y el recuerdo de mi papá también están presentes cuando, en los momentos infelices, escribo. Pero repito también que afirmo, aunque nada en el mundo resulte de tan hondo ridículo, que *cuando el momento perfecto* me atraviesa, en el olvido de mi cuerpo cotidiano y sexual, en el olvido de mi yo psíquico encuentro mi recuerdo de mí, infinitamente más mío y más ajeno, fuente infinita de distinto placer, y que en esos momentos no escribo como mujer ni como gato, como flor ni como judía, como nativa de Buenos Aires ni como manzana, como descendiente de españoles conquistadores ni como yegua, sino como encendida criatura que se ríe solamente de amor, sin nombre, sin sexo, sin país, aunque, por suerte, con unos cuantos dedos firmes al final del torrente, para apretar las teclas de la máquina, para apresurar algunas gotas de gloria, alguna espuma feliz...

Y nuevamente ruego que me crean: no tengo tapado mustio ni sombrerito con verdín. No estoy hablando del tercer cuerpo porque el primero me falle. No estoy hablando de menos, sino de más placer. No estoy hablando más que del placer. ¿Hay otra cosa de qué hablar? Y coincidamos para concluir. Porque, si la escritura femenina es el cuerpo del goce, no vamos a pelearnos acerca de *cuál* cuerpo utilizamos para el amor de escribir. Con tal de divertirse, de relamerse, de frotarse, de refocilarse y de folgar, todo cuerpo está bien, toda palabra de todo cuerpo está bien. Lo único que importa es Dios, decía Meister Eckart, y en el seno de esas palabras dichas por un hombre sin almidón, sin armadura, sin fierros y sin palos, abierto, recorrido, atravesado, transitado, hermano, en el seno de esas palabras caben todos los cuerpos, todas las masas, todas las consistencias de todas las frutas, todas las opacidades y transparencias, todo el fluir

libros discos arte café
gandhi
m.a. de quevedo 128 / 548-1990